

Presentado en el Instituto de Estudios Cubanos y Cubano-Americanos de la Universidad de Miami.  
Seminario: "Política de Estados Unidos Hacia Cuba: Una Conversación con diplomáticos Americanos".  
23 de enero de 2009

## Por Qué no Deben Liberalizarse los viajes a Cuba

James Cason\*

Indudablemente, el gobierno del presidente Barack Obama muy pronto revisará la política con América Latina y como parte de esa revisión tendrá que tomar algunas decisiones acerca de lo que hay que hacer con el espinoso asunto de Cuba. ¿Qué cosa funciona y debe seguir siendo parte de esa política y qué cosa ha fracasado y necesita cambiarse? ¿Cuál es nuestro interés nacional y qué puede lograrse? ¿Qué posibilidades hay de que el diálogo y la negociación alcanzarán nuestros objetivos? En el caso de Cuba, ¿Hay alguna prueba de que los hermanos Castro estén dispuestos a discutir seriamente lo que nos interesa y hacer los cambios políticos y económicos que la mayoría de los americanos y de los cubanos ansían? La meta no debe ser mejorar las relaciones con Cuba. Esto sucederá cuando veamos pruebas de que los Castro han decidido poner a los cubanos en el camino de la democracia.

Tenemos que ser cuidadosos para que esta revisión de la política con Cuba no sea producto de la impaciencia; que no cambiemos nuestra política sólo por cambiarla y mantengamos al frente nuestras discusiones sobre lo que es mejor para el pueblo cubano y no solamente lo que es lo mejor para nosotros. El pueblo cubano no tiene voz y no lo representa el régimen que nunca le ha permitido una elección libre. En los últimos años todos los presidentes americanos han convertido los derechos humanos y las libertades básicas en piedras fundamentales de nuestra política y, estoy seguro, el presidente Obama lo hará también. La cuestión es si lo que podamos hacer dará lugar a más libertad en Cuba mientras los hermanos Castro vivan. Desafortunadamente, es posible que la respuesta sea NO en vista del poder del aparato de seguridad en Cuba y la renuencia de Castro de mejorar relaciones en una forma que nosotros podamos aceptar con dignidad y esté de acuerdo con nuestros principios democráticos. Pero tenemos que estar preparados para aceptar esa verdad mientras libremos nuestros debates sobre la política con Cuba.

Y el debate sobre Cuba ha comenzado de nuevo con prontitud. Una vez más hemos comenzado a oír que más comercio y viajes a Cuba llevarán más libertad a los cubanos y que mientras más hablemos con el régimen cubano, mayor será la posibilidad de que la democracia florezca allí. Algunos demandan que levantemos lo que queda del embargo, pero la mayoría de los oponentes quieren poner fin a las restricciones a los viajes como un primer paso.

Constantemente escuchamos cuatro alegatos favorables a la liberación de los viajes y el comercio con Cuba. La primera afirmación es que inundando la Isla con turistas

americanos, se instilará en los cubanos el deseo de la democracia. En segundo lugar, se alega que el gasto de los turistas ayudará a los cubanos a mejorar su nivel de vida y salarios. En tercer lugar, algunos creen que nuestra política de aislar al régimen ha fracasado y que por eso deberíamos hacer algo distinto y mantienen la creencia de que hablar con el régimen amistosamente promoverá el cambio positivo. Por último, los libertarios aseguran que los americanos tienen el derecho constitucional de ir a donde quieran, Cuba inclusive.

Todos estos alegatos están equivocados y fundamentalmente reflejan nuestra incapacidad para comprender cómo es vivir en una sociedad totalitaria donde todos los aspectos de la vida de las personas están controlados y donde es total el miedo social a la seguridad estatal. Como la mayoría de los americanos nunca han sufrido el totalitarismo, presumen lo que creen que se puede lograr en semejante gobierno y no se fundan en la realidad.

### *El Impacto del Turismo*

Examinemos los cuatro alegatos uno a uno, comenzando con la propuesta “Inundémoslos con Turismo”. ¿Por qué esto no llevaría la democracia a Cuba? Fundamentalmente, porque las autoridades cubanas limitan estrictamente y castigan muy severamente, la relación de los cubanos comunes con los extranjeros. La Ley 80 de 1999 dice que es un delito aceptar publicaciones de los extranjeros y en 2004, un memorando del Ministerio de Turismo a los obreros de hoteles, les prohíbe aceptar obsequios o relacionarse con extranjeros fuera del lugar de trabajo. Y son los empleados de hoteles los únicos cubanos que los turistas pueden conocer.

Casi todos los turistas se alojan en hoteles de cuatro o cinco estrellas. Estos 103 hoteles que dan servicio a los turistas extranjeros, están situados predominantemente en lugares aislados adonde no tienen acceso los cubanos comunes y corrientes. Cerca del 67 por ciento de los hoteles para turistas están situados en lugares remotos como Cayo Coco o Varadero. Castro ha situado solamente 18.6 por ciento de los hoteles de turismo en La Habana y sus inmediaciones. Hay solamente 5632 habitaciones para 10,000 turistas en La Habana, una ciudad de más de dos millones cien mil habitantes. Esto hace que haya un turista por cada 210 cubanos. Los turistas se diluyen en este océano de cubanos del montón y no pueden tener impacto significativo en la sociedad aunque quisieran o se permitiera el acceso a los cubanos.

Aunque recientemente Raúl Castro “permitió” que los cubanos frecuenten hoteles de turismo, esta es una medida de apariencias para convencer a los extranjeros de que Cuba está “liberalizándose”. Pero no es así. El régimen cobra al cubano común el precio más elevado para alojarse en hoteles de turismo, que son carísimos. Pasar una sola noche en un hotel de éstos, costaría el promedio de salario que gana un cubano en un año entero. Así que un turista extranjero rara vez tropezará en su hotel con un cubano común.

La inmensa mayoría de los turistas extranjeros pasa casi todo el tiempo en los hoteles exclusivos a donde se les llevan, con el auspicio del gobierno, formas de entretenimiento que los divierta. Si desean salir de sus aislados enclaves, los llevan en excursiones bien

vigiladas a pueblos acicalados donde los guías controlan las actividades de los visitantes y mantienen el empleo refugiándose en las filas del régimen si los turistas curiosos les preguntan cosas inconvenientes. Los cubanos a quienes los turistas puedan ver e interrogar han sido adiestrados para que digan lo que convenga al régimen, para que den vivas espontáneas a Fidel y su régimen y canten alegremente *La Guantanamera* para demostrar al visitante lo mucho que disfrutaban de la vida sin ninguna libertad. Castro ha ideado un sistema de segregación turística que monopoliza para el Estado los beneficios del turismo y reduce al mínimo el impacto potencialmente degradante de un turista rico y libre mezclándose con cubanos pobres y reprimidos.

Hay otro problema con el alegato de la “inundación” turística. Pocos americanos hablan español lo bastante bien para poder sostener una conversación sobre la democracia o sobre cualquier otra cosa, con un cubano promedio, que rara vez habla inglés. La verdad es que los turistas van a Cuba para beber ron, disfrutar del sol, fumar habanos, oír música cubana y por el sexo fácil. Eso es lo que prometen subliminalmente los anuncios cubanos para atraerlos. Los turistas no van a Cuba para esparcir la democracia. El escaso turista que habla español y conoce a algún cubano que pueda ser atraído a las filas de la democracia, pronto notará la atención policial que su conversación atrae, pues la policía del régimen siempre merodea cerca. El desafortunado interlocutor cubano pronto será visitado por la policía, que le pedirá identificación y que explique a qué se debía su conversación con el turista. El cubano será advertido de que en el futuro no hable con extranjeros. Lo más probable es que el cubano no esté interesado en el punto de vista político del turista, pero sí le pedirá dinero, artículos de tocador o alguna otra cosa, como sexo, o le preguntará si el turista puede ayudar para que el cubano o un familiar escape de la Isla, quizás mediante el matrimonio.

En todo caso, la mayoría de los cubanos saben bien lo que son la democracia y la libertad porque se lo han dicho sus parientes desde el extranjero en conversaciones telefónicas, en algún contrabando de obras literarias, escuchando en secreto transmisiones de radio o entrando en contacto con misiones diplomáticas extranjeras establecidas en la Isla como la Sección de Intereses de los Estados Unidos. No necesitan ser convencidos para amar o comprender a la democracia. Lo que no tienen es manera para influir en el comportamiento del régimen. El sistema de gobierno no les pide opinión ni tolera la discrepancia y con dureza extrema castiga a los que defienden la democracia. Sus sueños de una vida mejor solamente pueden realizarlos emigrando o conformándose siendo parte de la elite totalitaria. Unos dos millones han preferido irse antes que conformarse; han optado por vivir en democracia. La inmensa mayoría, sobre todo la juventud, ya no cree que la revolución pueda mejorarles la vida. A fines de la década de 1990, aún antes de que el régimen abriera el turismo controlado, cerca de medio millón de cubanos firmaron en un mes para participar en la lotería del “bombo” en la Sección de Intereses de Estados Unidos, para tener la oportunidad de irse de Cuba

Ni el turismo ni el comercio han derrocado en ninguna parte al totalitarismo, nos dice la Historia. En Europa Oriental el comunismo se derrumbó diez años después que el turismo llegó a un máximo nivel. Ningún estudio de Europa Oriental o de la Unión Soviética demuestra que el turismo, las inversiones o el comercio tuvieron que ver, ni en forma

mínima, con el desplome del comunismo --- Radio Europa Libre, Radio Libertad y la persistencia y habilidad del gobierno de Ronald Reagan fueron el factor esencial. La administración de Reagan proporcionó una voz internacional a las víctimas del comunismo y suministró a los disidentes radios de onda corta, vituallas, libros, impresoras y dinero que necesitaban para luchar por su libertad. El turismo no llevó libertad al Chile de Pinochet, a la Cuba de Batista, ni al Haití de Duvalier. Pero en Sudáfrica la prohibición del turismo sí jugó un papel clave para convencer al gobierno segregacionista de que el mundo lo despreciaba. Hoy la líder encarcelada de la oposición de Birmania pide al mundo que no haga viajes de turismo a su país.

Los dictadores rehúsan permitir que el turismo haga su alegado trabajo subversivo. Ellos no son estúpidos. Si los dictadores, como Castro, pensaran que no pueden controlar al turismo, no permitirían la entrada de turistas. Y, por supuesto, como los turistas a quienes se les permite entrar en Cuba por lo general necesitan visas, sus antecedentes son examinados en el inmenso archivo gubernamental de antecedentes, son vigilados y frecuentemente filmados en vídeo durante su estadía. Si se portan mal, se les expulsa o no se les permite la entrada nunca más.

En los diez años precedentes más de quince millones de turistas de países democráticos han visitado Cuba, incluso varios cientos de miles de americanos que entraron subversivamente o con licencias del gobierno de Estados Unidos. De modo que, ¿cuál es el problema? Cuba no se ha democratizado o ni siquiera liberalizado. Por lo contrario, ha ido en retroceso. El astuto Fidel tomó los beneficios económicos del turismo durante el Período Especial, cuando estuvo en dificultades, lo controló, y después que esos miles de millones de dólares lo ayudaron a recuperarse, desató la represión y rescindió la liberación como siempre ha hecho cuando las cosas mejoran. Ahora que tiene el respaldo del dulce papito Hugo Chávez, no necesita arriesgar a su régimen permitiendo a medias libertades económicas o políticas. Puede afirmarse, entonces, que el turismo ha endurecido al régimen, aumentando su poder de permanencia en lugar de abrir a la Isla en modo alguno.

Bueno, dirán los críticos, los turistas americanos son distintos a los otros. Nosotros somos especiales. Esto implica que poseemos algún inusitado unguento democrático y el fuerte deseo por enseñar democracia para untárselo a gente desconocida cuando salimos de vacaciones. ¡Esto no es verdad! Si el turismo tuviera algún mérito como catalizador de la democracia, serían los europeos políglotos quienes tuvieran la facilidad para comunicárselo a los cubanos. Sin embargo, no hay en lo absoluto prueba de impacto liberador europeo, ni huella alguna en el comportamiento del régimen por las visitas de europeos a Cuba. Sería más certero atribuir a sus gastos el fortalecimiento de la maquinaria de la seguridad estatal, pues los militares poseen los hoteles de turismo y tienen la oportunidad de tomar la primera cucharada del chorro de dinero extranjero.

### *Viajes de Cubano-americanos*

¿Y qué decir de los viajes de cubano-americanos? ¿Acaso más de sus viajes tendrían más impacto? Ellos hablan español, tienen la confianza de sus parientes y cuando regresan

como cientos de miles han hecho en años recientes, enseñan a sus familiares lo que la libertad y la democracia les ha permitido. Pueden haber sido factor clave en la difusión del deseo de libertad y democracia en la Isla, pero la realidad es que de esto nada ha sido el fruto. Mi experiencia en Cuba es que los cubano-americanos que regresan de visita son muy cautelosos en cuanto a lo que llevan con ellos y con lo que hacen y dicen en la Isla. No quieren poner en peligro su posibilidad de regresar llevando algo a los disidentes o entregándose a un comportamiento prohibido. Cuba trata a los cubano-americanos como si fueran ciudadanos cubanos. No reconoce la doble ciudadanía. Así que a un cubano-americano que cause problemas le negará acceso a la Sección de Intereses de Estados Unidos y se queda sin ninguna posibilidad de ayuda, a la buena de Dios. Así que los cubano-americanos no buscan problemas.

Muy bien puede haber un argumento humanitario a favor de más viajes de emigrados a Cuba, que yo apoyo solamente con esa condición. Pero reto a cualquiera a que demuestre cómo el viaje de emigrados ha logrado algo positivo en el frente de la libertad. El simple hecho es que el régimen tiene la decisión, y es muy capaz, de impedir toda corriente de turismo que le socave el control. Si repentinamente se permitiera inundar a Cuba a una corriente de americanos en bikini, Fidel y Raúl pondrían fin a los viajes de cubano-americanos, que potencialmente es mucho más subversivo. Quienes propugnan que los viajes tienen una influencia liberadora, serían mejor librados exhortando a Fidel para que permita a cubanos comunes a obtener las visas de salida que él les niega para viajar a Estados Unidos cuando la Sección de Intereses prueba los viajes. En Estados Unidos los cubanos comunes podrían mezclarse con americanos y no tendrían ninguna de las restricciones que ese tipo de relación tiene en Cuba.

Un pensamiento final sobre la propuesta de la “inundación de turistas”: Aunque quisiéramos inundar a Cuba, no habría espacio suficiente en los hoteles. Cuando los turistas quieren ir a Cuba – en nuestro invierno del Norte y durante vacaciones—los 30,338 hoteles de 4 y 5 estrellas están sólidamente ocupados por dóciles canadienses y europeos. ¿Acaso los desalojaría Fidel para dar cabida a los americanos? ¿Querriamos nosotros volver a depender de americanos inseguros en esta industria fundamental? Yo lo dudo. Castro nunca permitiría el desarrollo insalubre de una dependencia en el turismo de Estados Unidos y limitaría el número de los que reciban permiso para ir a la Isla. Aunque nosotros liberalicemos, él no lo hará. Es lógico pensar que si él creyera que no puede controlar los efectos del turismo en la sociedad, no lo permitirá. Y que si algún Presidente de Estados Unidos realmente pensara que el turismo es la llave mágica para promover la democracia en Cuba, Castro lo apoyaría sin pensarlo dos veces. Ese Presidente habría usado la herramienta que forzaría al tonto Castro a minar a su propio régimen.

### ¿Ayuda el Turismo a los Cubanos?

Muy bien. Analicemos ahora el alegato de que el gasto de los turistas goteará hasta llegar a José, el cubano común y que además promoverá el capitalismo, la libre empresa y mejores nivel de vida para los cubanos. Bueno, reiteramos que 15 millones de turistas europeos han gastado miles de millones de dólares allí, pero los beneficios fueron casi exclusivamente para el Estado. El pobre José no ha visto nada de ese dinero. Eso es

porque toda la vida económica cubana está controlada por el Estado para el Estado, no para los ciudadanos. A Castro no le interesa que mejore la vida de los cubanos. Mientras más pobres sean y mientras más vivan uniformemente en la pobreza, luchando diariamente para subsistir, menos probabilidad hay para que se dediquen a actividades subversivas. Así que por propósito, por designio, el régimen impide que el goteo o la filtración de los gastos del turismo, enriquezca a algunos cubanos a expensas de los demás.

En su inmensa mayoría los turistas se quedan en los hoteles exclusivos. No se permiten ni se estimulan las propinas. Sin embargo, algunas propinas llegan a los bolsillos de los empleados del turismo en los centros urbanos, pero eso no suma mucho. En Cuba el Estado es dueño de hoteles, bares, restaurantes, clubes, tiendas que venden habanos, ron, y los puestos que venden recuerdos, que son objetos que se conservan para recordar la visita del turista a la Isla. Los artistas pueden vender sus obras, pero tienen que pagar al Estado impuestos enormes de cerca de 200 dólares mensuales en permisos y licencias. Ganan poco dinero. Los turistas pueden comprar muy poco a los cubanos del promedio, excepto sexo, que es un gran atractivo en algunos países. Un reciente reporte del Johns Hopkins sobre la prostitución infantil vincula su incremento en Cuba al aumento del turismo y no hay en Cuba organizaciones no gubernamentales para vigilarlo y expresen escándalo por la práctica y la ceguera de las autoridades.

Los empleados de hoteles se quedan con muy poco de lo que el turista o la turista gasta durante su visita. Los socios del gobierno de Cuba tienen que pagar al Estado una cantidad fija por cada empleado de hotel. El empleado obtiene algo así como el cinco por ciento (unos 16 dólares mensuales) de lo que la compañía asociada paga al Estado por su trabajo. Los empleados de hoteles no pueden sindicalizarse, quejarse ni luchar contra esa situación; están en situación similar a la del ciudadano cubano común. Centenares se conforman con tener el empleo hotelero, en vista del elevado desempleo que hay en Cuba.

Como dijimos antes, los militares cubanos controlan la industria del turismo y las empresas más prósperas de Cuba valiéndose de firmas como *Gaviota* y *Cubanacán*. La moneda fuerte corre por sus manos para propósitos que solamente ellos escogen. En febrero de 2003 Castro cerró o severamente restringió los pequeños negocios cuando supo que Chávez subvencionaría al régimen. Los pocos “paladares” o fondas hogareñas semi-privadas que sirven a los extranjeros y que permanecen abiertas, tienen que comprar todo al Estado y que pagar soborno secreto a toda suerte de inspectores para poder mantenerse en el negocio a menos que los propietarios sean miembros de la elite del régimen. Sólo pueden sentar a, más o menos, 12 clientes. Ahí no hay ninguna gran filtración que llegue al pueblo común. El régimen jamás permitirá a los operadores de alojamientos y comida disfrutar de sus ganancias. Estos escasos poseedores de instituciones de “cama y desayuno” están severamente controlados y muchos son un “frente” para que los prostitutas y prostitutas lleven a sus clientes.

*¿Debe Estados Unidos Probar con una Política diferente?*

El tercer alegato para que se cambie la política americana de viajes a Cuba, refleja exasperación por el fracaso de cualquiera de nuestras políticas para inducir a Castro – el tirano más duradero y de mayor éxito en el mundo—a que se convierta en un demócrata. Por eso resuena el grito de “¡Tratemos con algo nuevo!” Esto es indicativo de un pueblo y una cultura que desean obtener resultados rápidos y refleja nuestra creencia de que somos un pueblo especial. Si lo intentamos, dará resultado porque de algún modo somos diferentes a todos los demás demócratas del mundo. Sabemos más que nadie.

La verdad es que hacen falta dos para bailar el tango y Fidel y Raúl han dicho con cristalina claridad que quieren y necesitan que nosotros seamos el enemigo. Ellos tienen todos los amigos que les hace falta. Su profunda enemistad con Estados Unidos es genuina, premeditada y jamás terminará, no importa lo que hagamos o digamos. Fidel dijo a la “compañera” Celia Sánchez antes de tomar el poder: “Cuando la guerra termine, comenzaré una guerra mía más larga y mayor; así será la guerra que libraré contra ellos. Comprendo que ese será mi verdadero destino”. Es obvio que Fidel siempre ha tenido la intención de tener una relación adversaria con Estados Unidos. El ha dicho que “una revolución que no tenga enemigos delante, corre el riesgo de dormirse”.

Fidel y Raúl han tenido muchas oportunidades para relacionarse con nosotros. La Sección de Intereses de Estados Unidos está ahí y está disponible si ellos quisieran hablarnos. Pero rehúsan hacerlo o dejarnos dialogar sobre ningún tema con ningún funcionario del régimen. Bloquean los contactos con los cubanos comunes y los encarcelan por largos períodos usando falsas acusaciones. Así que el problema no consiste en la falta de canales de comunicación. Ellos sencillamente no quieren hablar; punto y aparte.

Lo que para nosotros ahora sería una política “nueva” ya ha sido probada prácticamente en todas las naciones del mundo. Y no ha habido impacto positivo en derechos humanos ni en ningún otro derecho fundamental. Todo el mundo, menos nosotros, habla, se relaciona, invierte, viaja y comercia libremente con el régimen dándole cuanto cosa necesite para sobrevivir sin dar nada a cambio excepto lo que ganen sus compañías y el placer para sus turistas. Estados Unidos permite que cientos de miles de cubano-americanos lleven bienes y dinero a Cuba. Nosotros vendemos a Cuba buen porcentaje de lo que come y permite que el régimen compre medicinas si lo desean (*no las quiere*). Repetimos: ¿qué impacto ha tenido esto en el régimen? ¿Ha soltado a sus presos políticos, permitido elecciones libres, otorgado derechos laborales, permitido que las familias inicien negocios, que los cubanos puedan viajar libremente y vivir donde les plazca? ¿Cuántos de los que promueven esto han hablado alguna vez de los derechos de los cubanos a viajar, comerciar, prosperar? Ninguno lo ha hecho.

### ¿Qué debe hacerse?

Levantar ahora la prohibición de los viajes equivaldría a regalar una futura palanca a cambio de nada. Tenemos que mantener esto en reserva hasta que desaparezcan los hermanos. El fin de la prohibición de viajes debe ser utilizado como una zanahoria para respaldar en un futuro gobierno de transición a quienes tengan voz si Cuba avanza hacia más libertades o menos. Los militares que controlan los hoteles eventualmente querrán

privatizarlos con el nombre de ellos. Comprenderán que el desenlace violento del gobierno posterior a los Castro será el fin del turismo. La réplica en Cuba de lo que ocurrió en la Plaza de Tiananmen de Pekín sería desastroso para sus intereses. Algún día pudieran los militares llegar a apoyar la transición en vez de la sucesión y entonces la recompensa del turismo de Estados Unidos muy bien pudiera resultar decisiva.

De modo que, aunque pese decirlo, las políticas que algunos consideran “fracasadas” habrán podido llevar entonces democracia, prosperidad y esperanzas al oprimido pueblo de Cuba. Y cambiarlas ahora permitiendo el turismo ilimitado no tendría impacto positivo alguno; desalentaría a la oposición en la Isla y debilitaría a las pequeñas democracias del Caribe cuyas economías dependen casi enteramente del turismo de Estados Unidos y que no podrían competir en precios y perderían el negocio por no poder competir con los operadores de Cuba que tienen las ventajas laborales y salariales que el régimen les da.

Pienso que tenemos que enfocar mejor nuestra política, pensando en cómo apoyar al pueblo cubano y a su oposición pacífica, democrática y valiente. ¿Qué más podemos hacer para ayudarlos en vista de los obstáculos? ¿Cómo prepararlos y a la sociedad civil para que desempeñen un papel cuando la transición esté en marcha? Deberíamos insistir en la reciprocidad entre la Sección de Intereses de Estados Unidos y Cuba. Ahora el campo de juego no está a nivel para que los cubanos puedan mezclarse con los americanos y funcionar libremente; nuestra gente es hostigada y obstaculizada en Cuba. Nuestra gente no puede participar en la batalla de ideas, pero los cubanos si pueden hacerlo en Estados Unidos.

Pensemos menos en la forma en que nuestras corporaciones pueden ganar dinero vendiendo productos en Cuba (la mayor parte de los cuales se vende en tiendas gubernamentales “del dólar” en apoyo del régimen o va al sector del turismo) y menos acerca de nuestros supuestos derechos como americanos para viajar allá a cualquier precio en busca de placer y aventura. A pesar de esos supuestos derechos al viajar, la Corte Suprema de Estados Unidos ha determinado que los americanos no tienen ningún derecho constitucional para ir a donde quieran si el gobierno tiene un motivo político para no permitir el viaje.

Para que normalicemos las relaciones con Cuba, el régimen tiene que dialogar primero con sus propios ciudadanos. No podemos normalizarlas con un régimen totalitario ni descartar nuestra antigua defensa de los derechos humanos sólo por “hacer algo diferente” ni por nuestra premura para poner fin al problema de Cuba por ser un asunto mortificante de política exterior. Mientras discutamos acerca de lo que debería ser nuestra política con Cuba, no dejemos de apoyar a los disidentes que quieren que se les dé el derecho a expresar lo que ellos piensan que es lo mejor para el pueblo cubano. Muchos de los que se involucran en el debate de nuestra política no están interesados en modo alguno en los derechos humanos en Cuba y nada han hecho o dicho a favor de esos intereses. Con gusto sacrificarían los derechos de los cubanos con tal de proteger nuestros propios intereses, sean privados o corporativos.

*\*El embajador James Cason es un funcionario de carrera en el Servicio Exterior. Tiene extensa experiencia en América Latina; fue jefe de la Sección de Intereses de Estados Unidos en La Habana, Cuba, entre 2002 y 2005. Anteriormente trabajó como Director de Política, Planificación y Coordinación, en la Oficina de Asuntos del Hemisferio Occidental. Previamente prestó servicios como Diputado en Jefe de Misión de la Embajada de Estados Unidos en Kingston y Tegucigalpa. El embajador Cason también prestó servicios en las misiones de Estados Unidos en San Salvador, La Paz, Ciudad de Panamá, Montevideo, Milán, Maracaibo y Lisboa, Portugal. Su última posición fue la de Embajador en Paraguay.*

*Traducción por Ramón G. Cotta para la Oficina de Transmisiones a Cuba de Radio Marti.*

Nota: La Embajadora Huddleston no facilitó su presentación por escrito. La presentación del Embajador Rocha es confidencial.